



LA BIBLIA



Diseño de cubierta: Arturo Asensio

© La Casa de la Biblia
© 2011, PPC, Editorial y Distribuidora, SA
c/ Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

Fotocomposición: La Casa de la Biblia
c/ García Tejado, 23-27
37007 Salamanca

PRESENTACIÓN

Afortunadamente, las traducciones de la Biblia al castellano se han multiplicado en los últimos cincuenta años, después de cuatro largos siglos en los que casi se había extinguido una larga y fecunda tradición. Las numerosas traducciones modernas se sienten herederas de aquella tradición, pero, al mismo tiempo, quieren responder a una situación nueva, incorporando los resultados de la investigación bíblica y de la lingüística, dos campos de estudio que han avanzado enormemente en los últimos años.

En este contexto de continua actualización hay que situar la presente edición de la Biblia, cuya historia es, en sí misma, ilustrativa. Sus orígenes se remontan al año 1966. En ese año el equipo de La Casa de la Biblia lanzaba la primera edición de una Biblia traducida de los textos originales, que tuvo una gran aceptación tanto en España como en Latinoamérica. Al cabo de quince años surgió la idea de revisar en profundidad dicha traducción con el objeto de incorporar los avances de la investigación bíblica y de aplicar las nuevas aportaciones de la lingüística a la traducción de textos antiguos. Este proyecto se puso en marcha en octubre de 1982 y ha tardado en realizarse nueve años. El resultado es una traducción profundamente revisada y actualizada.

Entre la edición de 1966 y la que ahora presentamos han transcurrido veinticinco años. En este espacio de tiempo la lectura de la Biblia se ha intensificado notablemente entre los católicos, gracias al impulso del Concilio Vaticano Segundo, que en su constitución "Dei Verbum" sobre la divina revelación "recomienda a todos los fieles la lectura asidua de la Escritura para que adquieran la ciencia suprema de Jesucristo (Flp 3 8), pues desconocer la Escritura es desconocer a Cristo" (DV n° 25). Recientemente hemos celebrado el XXV aniversario de la promulgación de aquel documento, muchas de cuyas propuestas y recomendaciones siguen siendo un programa a cumplir. La Casa de la Biblia desea contribuir a esta hermosa tarea de facilitar a todos los fieles el acceso a la Sagrada Escritura a través de traducciones exactas y adaptadas (DV n° 22), como la que ahora presentamos.

Esta nueva edición aparece, además, en un momento en el que la sensibilidad de la Iglesia por la evangelización se ha hecho más viva. Convencidos de que el conocimiento de la Palabra de Dios es el mejor camino para la evangelización, ofrecemos el texto sagrado a los sacerdotes, a los catequistas y a todo el pueblo cristiano, sin olvidar a todos aquellos que desde otros credos y convicciones desean conocer el mensaje del Libro de los libros.

Esta obra no habría sido posible sin la colaboración y el entusiasmo de muchas personas, a quienes es justo dedicar una palabra de agradecimiento. En primer lugar, a la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, cuyos responsables impulsaron el proyecto y lo apoyaron siempre de forma incondicional; al numeroso equipo de colaboradores, que han realizado una labor paciente y generosa; a los miembros de los comités de revisión, que han trabajado a tiempo y a destiempo con un admirable espíritu de colaboración; al equipo de la Casa de la Biblia, que ha copiado y revisado una y otra vez los originales; y, finalmente, a las editoriales que publican esta Biblia, cuyo apoyo moral y económico ha contribuido en buena parte a la obra que ahora, llenos de gozo y esperanza, ponemos en manos de quienes desean conocer mejor esta carta magna de Dios a los hombres.

La Casa de la Biblia

EQUIPO DE COLABORADORES

DIRECCIÓN DEL PROYECTO Y REVISIÓN DE LA TRADUCCIÓN

Santiago Guijarro y Miguel Salvador

ANTIGUO TESTAMENTO

PENTATEUCO

Génesis, Juan Guillén y Joaquín Menchén

Exodo, Juan Guillén

Levítico, Andrés Ibáñez

Números, Antonio G. Lamadrid

Deuteronomio, Félix García

ESCRITOS HISTÓRICOS

Josué, Constantino Mielgo

Jueces, Andrés Ibáñez

1 Samuel, Jacinto Núñez

2 Samuel, Jorge Fernández

Reyes, Constantino Mielgo

Crónicas, Esd y Neh, Miguel Peinado

Rut, Antonio G. Lamadrid

Tobías y Judit, Enrique Cabezudo

Ester, Javier Colmenero

Macabeos, José Alonso y Joaquín Menchén

ESCRITOS PROFÉTICOS

Isaías, Emeterio Pato

Jeremías, Bar y CJr, Jose M^a Abrego

Ezequiel, Julio Lamelas

Daniel, Luis Díez y Joaquín Menchén

Profetas Menores, Gregorio Ruiz, Evaristo Martín
y Pedro Jaramillo

OTROS ESCRITOS

Salmos y Cantar, Gonzalo Flor y Joaquín
Menchén

Lamentaciones, José M^a Abrego

Job, Manuel Revuelta y Joaquín Menchén

Proverbios, Víctor Morla

Eclesiastés, Joaquín Menchén

Sabiduría, Gabriel Pérez

Eclesiástico, Víctor Morla

NUEVO TESTAMENTO

EVANGELIOS Y HECHOS

Mateo, Santiago Guijarro

Marcos, Francisco P. Herrero

Lucas y Hechos, Dionisio Mínguez, Luis
Fernando García-Viana
y Santiago Guijarro

Juan, Felipe F. Ramos

CARTAS Y APOCALIPSIS

Romanos, Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses,

Colosenses, Tesalon., Filemón, Santiago,

Pedro, Judas y Apocalipsis, Miguel Salvador

Cartas Pastorales, Gabriel Pérez

Hebreos, Gaspar Mora y Luis Rubio

Cartas de San Juan, Felipe F. Ramos

SELECCIÓN DE LUGARES PARALELOS: Félix Rodríguez

REVISIÓN LITERARIA: José Guillén

SECRETARÍA: Agustín de Pablo, María del Carmen Guijarro,

Violeta Sánchez y Eduardo Ayuso

MAQUETACIÓN: Agustín de Pablo

A lo largo de nueve años el equipo de colaboradores reseñado en el cuadro anterior trabajó, en diversos niveles, en la revisión del texto bíblico. En este largo itinerario pueden distinguirse dos fases. La primera, que duró aproximadamente tres años, corresponde al trabajo realizado por los más de treinta especialistas que revisaron los diversos libros bíblicos. La segunda, que se prolongó durante seis años, estuvo dedicada a la última revisión del texto.

A título informativo ofrecemos a continuación una breve explicación del trabajo realizado y de los criterios que se siguieron en cada caso.

LOS COLABORADORES

La tarea encomendada a los colaboradores consistió en revisar la traducción del texto bíblico publicada por la Casa de la Biblia en el año 1966, teniendo en cuenta los avances de la ciencia bíblica.

En algunos casos fueron varios los colaboradores que trabajaron en un mismo campo. Así, por ejemplo, la revisión de los profetas menores fue realizada por Gregorio Ruiz (Os, Jl, Am, Abd, Miq y Sof), Evaristo Martín (Nah, Hab, Ag, Zac y Mal), Antonio G. Lamadrid (Jon) y Pedro Jaramillo, que revisó de nuevo la traducción. Lo mismo ocurrió en el caso de la obra lucana (Lc- Hch), en la que Dionisio Mínguez revisó la traducción.

REVISIÓN DE LA TRADUCCIÓN

Las propuestas de los colaboradores referentes a la traducción fueron estudiadas minuciosamente por el comité correspondiente e incorporadas en su mayoría. Sin embargo, la diversidad de los colaboradores hizo necesaria una labor de coordinación y unificación, que afectaba no sólo a términos o expresiones concretas, sino al estilo mismo de la traducción. En primer lugar, se ha procurado traducir siempre igual los vocablos y expresiones características de un libro o grupo de libros. Así, por ejemplo, el nombre divino se ha traducido sistemáticamente por: el Señor (Yahveh), Dios (Elohim), el Señor Dios (Yahveh Elohim), mi Señor (Adonay), mi Dios y Señor (Yahveh Adonay), el Poderoso (Saday), etc. Y lo mismo se ha hecho con términos característicos de la literatura sacerdotal, con fórmulas propias de la historia deuteronomista, etc. Sin embargo, la labor más ardua, que ha durado seis años, ha consistido en una minuciosa y sistemática revisión de todo el texto, una vez incluidas las propuestas de los colaboradores, que en muchos casos ha dado como resultado una traducción prácticamente nueva, en la que se ha buscado la fidelidad al original y, al mismo tiempo, la fluidez del lenguaje castellano. Es de rigor decir que el comité encargado de esta última revisión es el que se hace responsable de la traducción.

CÓMO UTILIZAR ESTA BIBLIA

EL TEXTO BÍBLICO

La revisión del texto bíblico se ha efectuado a partir de las ediciones críticas habituales: *Biblia Hebraica Stuttgartensia* (texto hebreo y arameo del Antiguo Testamento), *Septuaginta* editada por A. Rahlfs (texto griego del AT) y *The Greek New Testament* (texto griego del NT).

Se ha modificado ligeramente el orden tradicional de los libros del AT. Siguiendo el orden del canon hebreo hemos colocado los Escritos proféticos después de los históricos y antes de los Otros escritos. Dentro del grupo de los Escritos históricos, hemos colocado Rut en las historias ejemplares y no entre Jueces y el primer libro de Samuel. Final-

mente, dentro del grupo de los Otros escritos hemos distinguido entre los Escritos poéticos (Salmos, Cantar y Lamentaciones) y los Escritos sapienciales. Esta división de los libros ofrece ventajas pedagógicas y de clasificación, y al mismo tiempo no modifica demasiado el orden tradicional.

Cada uno de los libros ha sido dividido en partes, secciones y párrafos, siguiendo criterios de tipo literario y teológico. Cada una de estas partes, secciones y párrafos lleva un título con diversos tipos de letra, según se trate de parte (negrita mayúscula), sección (negrita cursiva), subsección (mayúscula normal) o párrafo (negrita minúscula). Estos títulos no forman parte del texto bíblico, sino que son una ayuda para facilitar su lectura.

Finalmente, dentro de algunos libros se ha utilizado la letra cursiva para el texto bíblico en los siguientes casos:

- En los libros de las Crónicas, para transcribir literalmente los textos que el Cronista toma de Samuel y Reyes.

- En los libros con añadidos griegos (Est y Dn) para distinguir el texto hebreo del griego.

- En el Nuevo Testamento para subrayar los textos del Antiguo Testamento citados literalmente.

CITAS DE PASAJES PARALELOS

En la presente edición no se ofrece una lista exhaustiva de pasajes paralelos, sino una selección de los más importantes. Se ha procurado ahorrar al lector el trabajo de realizar dicha selección, ofreciéndole aquellos pasajes que puedan iluminar y ayudar a comprender mejor el texto que está leyendo. Dichos pasajes paralelos van debajo del título

de cada párrafo en un tipo de letra más pequeña. Además de estos lugares paralelos más habituales, el lector encontrará:

- *Paralelos en letra cursiva*: son aquellos textos que se citan literalmente tomándolos de otros libros (p. e. Samuel y Reyes en Crónicas; o bien, textos del AT citados en el NT). Estas citas en cursiva corresponden al texto que también va en cursiva dentro de dicho párrafo.

CRONOLOGÍA BÍBLICA Y MAPAS

Además de los numerosos mapas que pueden encontrarse en las introducciones, el lector encontrará al final de la Biblia una amplia cronología bíblica, en la que se han dispuesto en paralelo los acontecimientos de la historia universal, los de la historia bíblica y el nacimiento de los diversos libros de la Biblia.

MODO DE CITAR Y ABREVIATURAS

Con el objeto de distinguir más fácilmente entre capítulos y versículos en las citas de textos bíblicos, los capítulos van en números mayores que los versículos.

Para citar cualquier texto de la Biblia basta indicar abreviadamente de qué libro se trata (ver lista de abreviaturas), y el capítulo y versículo donde comienza y termina la cita, separados por un guión.

- Cuando se citan capítulos enteros no se ponen los versículos:

Ejemplo: Mt 5-7 = Mateo, capítulos cinco, seis y siete.

- Cuando la cita es del mismo capítulo, no se repite el capítulo.

Ejemplo: Mt 5 43-48 = Mateo, capítulo cinco, versículos del cuarenta y tres al cuarenta y ocho, ambos incluidos.

- Cuando la cita corresponde a un texto contenido en capítulos distintos se indican el capítulo y versículo en el que comienza y el capítulo y versículo en el que termina, separados por un guión.

Ejemplo: Mt 6 19 - 7 12 = Mateo, desde el versículo diecinueve del capítulo seis, hasta el versículo doce del capítulo siete.

- Cuando se citan dos párrafos de un mismo capítulo que no van seguidos, los versículos de ambos párrafos irán separados por un punto.

Ejemplo: Mt 6 1-4. 16-18 = Mateo, capítulo seis, desde el versículo uno al cuatro y desde el dieciséis al dieciocho.

- Lo mismo ocurre si, en lugar de ser un párrafo, son versículos sueltos.

Ejemplo: Mt 6 1-4.16.24 = Mateo, capítulo seis, versículos del uno al cuatro, versículo dieciséis y versículo veinticuatro.

- Cuando se citan seguidos dos o más textos de un mismo libro, no se repite la sigla del mismo.

Ejemplo: Mt 5 43-48; 6 1-18 = Mateo, capítulo cinco, versículos del cuarenta y tres al cuarenta y ocho y Mateo, capítulo seis, versículos uno al dieciocho.

ABREVIATURAS DE LOS LIBROS BÍBLICOS

Abdías	Abd	3 Juan	3 Jn
Ageo	Ag	Judas	Jds
Amós	Am	Judit	Jdt
Apocalipsis	Ap	Jueces	Jue
Baruc	Bar	Lamentaciones	Lam
Cantar de los Cantares	Cant	Levítico	Lv
Carta de Jeremías	CJr	Lucas	Lc
Colosenses	Col	1 Macabeos	1 Mac
1 Corintios	1 Cor	2 Macabeos	2 Mac
2 Corintios	2 Cor	Malaquías	Mal
1 Crónicas	1 Cr	Marcos	Mc
2 Crónicas	2 Cr	Mateo	Mt
Daniel	Dn	Miqueas	Miq
Deuteronomio	Dt	Nahum	Nah
Eclesiastés	Ecl	Nehemías	Neh
Eclesiástico	Eclo	Números	Nm
Efesios	Ef	Oseas	Os
Esdras	Esd	1 Pedro	1 Pe
Ester	Est	2 Pedro	2 Pe
Exodo	Ex	Proverbios	Prov
Ezequiel	Ez	1 Reyes	1 Re
Filemón	Flm	2 Reyes	2 Re
Filipenses	Flp	Romanos	Rom
Gálatas	Gal	Rut	Rut
Génesis	Gn	Sabiduría	Sab
Habacuc	Hab	Salmos	Sal
Hebreos	Heb	1 Samuel	1 Sm
Hechos de los Apóstoles	Hch	2 Samuel	2 Sm
Isaías	Is	Santiago	Sant
Jeremías	Jr	Sofonías	Sof
Job	Job	1 Tesalonicenses	1 Tes
Joel	Jl	2 Tesalonicenses	2 Tes
Jonás	Jon	1 Timoteo	1 Tim
Josué	Jos	2 Timoteo	2 Tim
Juan	Jn	Tito	Tit
1 Juan	1 Jn	Tobías	Tob
2 Juan	2 Jn	Zacarías	Zac

ANTIGUO TESTAMENTO



EL MUNDO DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Después de hablar Dios muchas veces y de diversos modos antiguamente a nuestros mayores por medio de los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por medio del Hijo (Heb 1 1-2). Es difícil expresar con mayor concisión y claridad la noción cristiana de la revelación divina, que, en su dimensión escrita, coincide con la Biblia, unidad total formada por dos grandes partes que conocemos como Antiguo y Nuevo Testamento. Dentro de este gran conjunto, el Antiguo Testamento es la expresión de las muchas y variadas “palabras antiguas” que Dios dirigió a unos hombres, “nuestros mayores”, por medio de otros hombres, los “profetas” (por extensión, todos los autores del Antiguo Testamento), pronunciadas en distintos momentos históricos y en lenguajes humanos variados y diversos. Aunque las “últimas palabras” pronunciadas en el Hijo (Nuevo Testamento) aclaran y completan las antiguas, no por eso las invalidan o suprimen (Mt 5 17), ni nos ahorran el esfuerzo de leerlas y comprenderlas en toda su hondura y plenitud. Y es precisamente a partir de esta exigencia donde aparecen las dificultades, porque el Antiguo Testamento aparece a nuestra mirada como un mundo distante y distinto de este mundo nuestro que ha atravesado los umbrales del siglo XXI.

Estas páginas introductorias pretenden reducir “las distancias” y ayudar a comprender “las distinciones”, ofreciendo para ello unas primeras claves que nos permitan entrar en el mundo del Antiguo Testamento con las mínimas condiciones exigidas para participar activamente en ese sublime diálogo amoroso que Dios establece con los hombres. Sólo así, las “antiguas” palabras serán vivas y actuales, los espacios distantes serán terreno familiar, la historia anterior formará parte de nuestra historia y los lenguajes distintos y variados se traducirán sin traición a nuestro idioma. Porque desde estos requisitos podremos entender cómo Dios tiene aún mucho que decirnos.

I. EL MARCO HISTÓRICO DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Los pueblos, como los hombres, son hijos de su tiempo y de su espacio; e Israel, el pueblo del An-

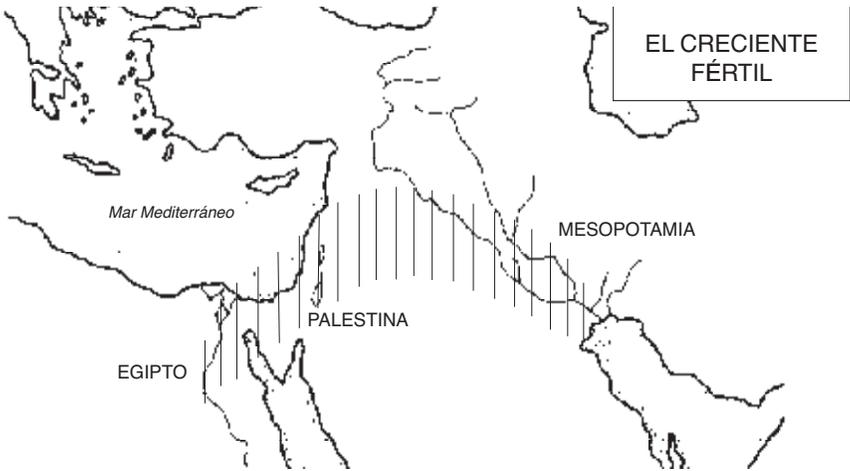
tiguo Testamento, no es una excepción. En consecuencia, para conocer a fondo los escritos en que este pueblo expresa sus vivencias y da respuesta a los diversos problemas y necesidades que se le plantean, hemos de aprender a situar correctamente esos escritos en el marco geográfico que los vio nacer y en los distintos momentos históricos en que fueron surgiendo; una geografía y una historia que Israel compartió con otras culturas y otros pueblos.

1. La tierra del Antiguo Testamento

La mayor parte de la historia bíblica se desarrolla en un reducido territorio del extremo oriental del mar Mediterráneo, en la larga y estrecha franja de tierra situada entre el mar y los grandes desiertos de Siria y Arabia. A pesar de su aparente insignificancia, la región es punto de encuentro de tres continentes (Asia, África y Europa) y a lo largo de la historia se ha visto convertida en un importante paso de civilizaciones. La parte sur de esta franja costera ha recibido distintos nombres: país de Canaán (por sus antiguos moradores), Palestina (nombre debido a uno de los pueblos ocupantes, los filisteos o “pelístin”) e Israel (el nombre más común del pueblo de la Biblia, principal ocupante del territorio).

Toda esta región, a su vez, forma parte de un conjunto geográfico más amplio, denominado Creciente Fértil por su forma de arco o media luna, cuyos extremos coincidirían respectivamente con el delta del Nilo y la desembocadura del Tigris y el Éufrates, y cuyo centro se situaría a la altura del desierto de Siria y al norte del desierto de Arabia, zonas infranqueables, especialmente en la antigüedad. La región está regada por ríos importantes, como los ya mencionados, y otros menores, como el Orontes, el Litani y el Jordán. En la inflexión occidental del arco, Siria y Palestina forman un estrecho corredor de menos cien kilómetros de ancho entre el Mediterráneo y el desierto.

El conjunto albergó en la antigüedad importantes núcleos de población, que estaba concentrada



especialmente en los cursos inferiores del Tigris y el Éufrates y en el valle y delta del Nilo, con intensa y frecuente circulación entre ambos extremos. Esta comunicación se veía favorecida por las grandes vías de comunicación a través de las cuales transitaban ejércitos, caravanas comerciales e ideas. La región, a su vez, comunicaba con el exterior: con la India a través de Irán; con África, a través de Egipto y Nubia; y con Occidente, a través de los puertos fenicios relacionados con Chipre, Creta, Jonia, islas griegas y, más tarde, Grecia continental.

Éste será el escenario de la historia de Israel en el Antiguo Testamento. La mayor parte de los acontecimientos se desarrollará en los alrededores del centro del arco, donde se incluye la tierra de Israel; pero algunos otros no menos significativos, como la opresión egípcia o el exilio babilónico, tendrán lugar en sus extremos: el delta del Nilo y la baja Mesopotamia.

2. Los pueblos del Antiguo Testamento

El pueblo de Israel no nació ni vivió aislado o al margen de los pueblos contemporáneos y vecinos. Por eso hay que tener particularmente en cuenta tanto su relación natural con los pueblos vecinos, como el contacto con los grandes pueblos y civilizaciones del antiguo Oriente Próximo y Medio, que condicionarán decisivamente su historia: una historia vivida casi siempre en tensión hacia los grandes focos, Mesopotamia y Egipto, que desde los dos extremos del Creciente Fértil buscarán extender su influjo y hegemonía.

Mesopotamia

La región comprendida entre los ríos Tigris y Éufrates (Mesopotamia significa "entre ríos") fue el primer gran foco de civilizaciones y culturas: multitud de razas y pueblos se dieron cita en la región y los imperios se sucedieron combatiéndose entre sí. Hacia el 3000 a. C., los *sumerios* establecieron al sur de Mesopotamia la primera gran civilización que extendió su dominio sobre toda la región. Los *acadios*, pueblo semita procedente del desierto siro-arábigo, terminan con la antigua civilización sumeria y fundan el imperio de Acad (2370-2230 a. C.). Tras la desaparición de los acadios y el breve renacimiento sumerio de la magnífica dinastía III de Ur (2060 a. C.), una nueva oleada de nómadas semitas, conocidos como los *amorreos*, se establece en la región, dando origen a los grandes imperios de Asiria y Babilonia. La dinastía I de Babilonia (ss. XXXVI a. C.) conoció con su célebre rey Hammurabi un primer periodo de esplendor, llegando a dominar Mesopotamia tras derrotar a Asiria y Mari.

Entre los siglos XVI y X a. C. ocupan o dominan la región una amplia gama de pueblos, como casitas, hurritas, hititas y arameos, que en el s. IX a. C. dejan paso al resurgido *imperio asirio*, convertido en la nueva gran potencia del Oriente Medio. Ya en el s. IX a. C. Asiria comienza su expansión hacia el este y entre los años 735-721 a. C. acaba con los reinos de Damasco e Israel y reduce a Judá a la condición de reino vasallo (701 a. C.). Pero en la segunda mitad del s. VII a. C. el imperio asirio

comienza a decaer y es definitivamente aniquilado por Babilonia: la capital Ninive cae el año 612 a. C. y los ejércitos asirios son totalmente derrotados el año 605 a. C. en Karkemis. De esta manera entra en la escena política mundial el nuevo *imperio babilónico* que con Nabucodonosor conquista el antiguo territorio asirio, aniquila a Judá (587 a. C.) y extiende su dominio hasta Egipto.

El tiempo del exilio babilónico coincidirá con los últimos años de este imperio, pues en el año 539 a. C. Ciro, rey del imperio persa, derrota a Nabonido y conquista Babilonia. El fin del *imperio persa* (331 a. C.) señala también el fin de Mesopotamia como centro de poder y hegemonía, que ahora se desplaza al mundo mediterráneo, con el imperio grecomacedónico de Alejandro Magno y, posteriormente, el imperio romano como protagonistas.

Egipto

Por su cercanía, su historia milenaria y su evolucionada civilización fue probablemente el pueblo que irradió un mayor influjo sobre Palestina. En el año 3000 a. C. Egipto era ya un gran estado, pero sólo a partir del imperio medio (1900-1500 a. C.) se hizo efectivo su dominio sobre Palestina, convertida durante siete siglos en una especie de protectorado o provincia egipcia. Entre los años

1720-1570 a. C. el país estuvo gobernado por los hicsos, extranjeros semitas que, procedentes de Palestina, se infiltraron por el delta del Nilo y llegaron al poder, estableciendo lazos de sangre, cultura y religión entre los habitantes del valle del Nilo y los del Oriente Próximo asiático. Su expulsión coincide con el comienzo del imperio nuevo (1500 a. C.), caracterizado por una fuerte presión inicial sobre Palestina, un debilitamiento posterior en la época de Amarna, capital del faraón monoteísta Amenofis IV, que hubo de sufrir una serie de disturbios en Palestina (de los que dan fe las "cartas de Amarna"), y un nuevo control de la situación por parte de los faraones de la dinastía XIX, Seti, Ramsés y Mernefta, probables faraones del tiempo de la opresión israelita en Egipto.

Con la invasión de los *pueblos del mar*, procedentes de las islas del mar Egeo, se inicia la decadencia de Egipto, que en adelante habrá de contentarse con un papel secundario en la política internacional. Aun así, Egipto seguirá ejerciendo un importante influjo en Palestina, durante los tiempos de la monarquía unida, y más tarde en el reino de Judá. Muchos elementos de la cultura, la administración y la religión egipcias fueron importados y asimilados en mayor o menor escala a la vida y a las instituciones del pueblo israelita.



Mundo greco-romano

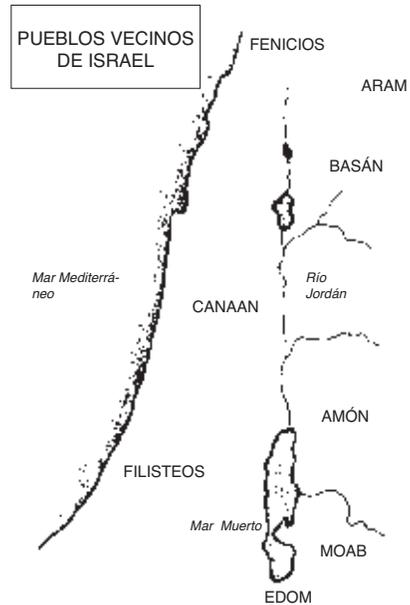
Desde el segundo milenio Canaán había sufrido la influencia de la civilización egea y en el s. XII a. C. se instalaron en territorio cananeo los filisteos, uno de los integrantes de los “pueblos del mar” que invadieron la región procedentes del Egeo. La influencia se acentuó en la época persa y alcanzó su momento álgido a raíz de las campañas de Alejandro Magno (333-323), fundador del gran imperio greco-macedónico y de los reinos helenistas que le sucedieron. Aquí tuvo su origen el *helenismo*, fenómeno socio-cultural, caracterizado por la expansión de la lengua y civilización griegas, que ejercerá una influencia decisiva en la comunidad judía residente en Palestina o dispersa en la “diáspora”. Este influjo se mantendrá incluso cuando los romanos, mandados por Pompeyo, se apoderen de Palestina (63 a. C.) para no abandonar ya su dominio hasta el fin definitivo de la nación judía en tiempos del emperador Adriano (135 d. C.).

Pueblos vecinos

Tanto los antiguos pobladores de Canaán, anteriores a la ocupación de Israel, como los vecinos posteriores, fueron pueblos pequeños que tuvieron un origen similar a los israelitas y que ejercieron sobre Israel una influencia más próxima y directa. Sin embargo, a diferencia de las grandes potencias, nunca llegaron a amenazar seriamente su existencia.

Los *cananeos* eran un conjunto de tribus y ciudades-estado que habitaron el país antes que los israelitas e incluso después de la ocupación de éstos. A pesar de tratarse de una población muy mezclada, Canaán ofrecía, en contraste con su diversidad política, cierta unidad cultural y religiosa: se hablaba una sola lengua, el cananeo, cuya forma antigua se adivina a través de algunas glosas de las cartas de Amarna, mientras que su cultura y religión debieron ser muy parecidas a las reveladas por los documentos ugaríticos de Ras Shamra, escritos en el s. XIV a. C.

Entre los pequeños reinos limítrofes, *Edom*, al sureste, ocupaba la meseta de Seir, el valle del Arabá y la región de Petra. Al este del mar Muerto se encontraba *Moab* y más arriba *Amón* y *Basán*. Finalmente, al norte se encontraban los reinos arameos de *Damascos* y *Jamat*. A pesar de sus conflictos permanentes con estos pequeños reinos,



Israel los consideraba emparentados y expresaba el parentesco por medio de genealogías: amonitas y moabitas se reconocían hijos de Amón y Moab, sobrinos de Abrahán (Gn 19 36-38), mientras que los edomitas y los arameos procedían de Esaú (Edom) y de Labán, tío y suegro respectivamente de Jacob. Al oeste estaban los *filisteos*, llegados al país casi al mismo tiempo que Israel. Fueron los extranjeros por excelencia y los enemigos internos más incómodos de Israel hasta los tiempos de David. Finalmente, al noroeste se encontraban los *fenicios*, marineros y comerciantes, con sus grandes ciudades costeras de Biblos, Tiro y Sidón. Sus relaciones con Israel fueron generalmente amistosas y llegaron a ejercer un notable influjo religioso en el reino del Norte, especialmente durante la dinastía de Omrí.

3. Las grandes etapas de la historia de Israel

La fe de Israel es fundamentalmente histórica: su único Dios, el Señor, se fue revelando en la historia, a través de sucesivas intervenciones, transmitidas en los libros del Antiguo Testamento. Ello quiere decir que la historia se ha convertido en el lugar privilegiado de la revelación de Dios y en el medio ambiente vital en que nace y se desarrolla toda su literatura.

Los orígenes

Parece evidente que Israel, como pueblo plenamente constituido, nace con la monarquía entre los siglos XI-X a. C. También con la monarquía y sus nuevas instituciones (escribas, listas y archivos de corte, anales reales) nace su historia escrita. Sin embargo, este momento ha estado precedido de un largo periodo de formación, que abarca ocho o nueve siglos y que escapa casi por completo al historiador. De este periodo "constituyente" Israel ha conservado diversos recuerdos de acontecimientos y personajes: son recuerdos transmitidos por la tradición oral que, una vez contrastados con otras fuentes de la historia del antiguo Oriente Próximo y con los descubrimientos arqueológicos, contienen información útil y pueden ofrecernos datos de importancia sobre los orígenes de Israel. Todos estos recuerdos destacan tres momentos especialmente significativos: la prehistoria patriarcal, la estancia y salida de Egipto, y la conquista y progresivo asentamiento en Canaán.

—*Mi padre era un arameo errante...* (Dt 26 5). Esta breve frase con la que comienza un antiguo texto litúrgico es un acertado resumen de las tradiciones patriarcales contenidas en Gn 12-50, que pretenden historizar los orígenes de Israel. Los antepasados o patriarcas de Israel están emparentados con los semitas seminómadas, pastores de ganado menor, que circulan en la primera mitad del segundo milenio por la franja semidesértica del Creciente Fértil. Con el tiempo, los seminómadas se instalan y se hacen sedentarios, llegando incluso a dominar las regiones previamente ocupadas (como los amorreos en Mesopotamia y, más tarde, los arameos en Siria y Palestina). Las tradiciones bíblicas sitúan en este amplio período las figuras de Abrahán, Isaac, Jacob-Israel y los epónimos de las doce tribus, identificados como sus antepasados más directos. Confrontando estas tradiciones con los datos de la historia y la arqueología, se puede decir que estos antepasados provenientes de Mesopotamia (Abrán de Ur; Jacob de Jarán, en el medio Éufrates) merodean por el centro y el sur de Palestina entre los ss. XVIII-XVI a. C. Estos grupos se caracterizan por su vinculación al "dios del padre" y por considerarse depositarios de importantes promesas para sus descendientes. Una parte de ellos se establece finalmente en Egipto, junto con otros grupos semitas, durante un periodo que oscila en torno a cuatro siglos y que tiene como fechas-marco dos hechos relevantes: la llegada a Egipto de los hicsos,

precedentes de Siria-Palestina (hacia el 1720 a. C.) y el debilitamiento del poder egipcio en tiempos de Amenofis IV (1364-1347 a. C.).

—*El Señor nos sacó de Egipto con brazo fuerte y mano extendida...* (Dt 26 8). La estancia en Egipto, la opresión y, sobre todo, la liberación ocupan un lugar preeminente en el libro del Éxodo, que convierte este último acontecimiento en el artículo central del credo de Israel y en el punto de partida de su historia como pueblo. El proceso que dio origen a este acontecimiento, descrito como la gran epopeya de Israel, fue sin duda complejo y resulta difícil de contrastar, pues el fondo indudablemente histórico del éxodo aparece revestido de abundantes rasgos legendarios y litúrgicos. Pudo comenzar hacia el 1250 a. C., bajo Ramsés II, cuando diversos grupos de semitas establecidos en Egipto y sometidos a trabajos forzados, consiguen huir guiados por Moisés. Tres hechos adquieren especial relevancia: la salida de Egipto, atribuida a la intervención de Dios a través de distintos signos (Ex 7-12), el paso del mar Rojo (Ex 14-15) y el encuentro de algunos de estos grupos con su Dios en el Sinaí, encuentro en que se concluye una alianza (Ex 19-24). Las tradiciones fluctúan al presentar el éxodo, bien como resultado de una huida masiva, bien como consecuencia de una expulsión decretada por las autoridades egipcias. Esto ha sugerido la posibilidad de que el relato actual sea una fusión de dos tradiciones distintas: el éxodo-expulsión, vinculado a la expulsión de los hicsos hacia el 1570; y el éxodo-huida, protagonizado por el grupo de Moisés, que a la postre se convertiría en la tradición predominante.

—*...nos trajo a este lugar y nos dio esta tierra* (Dt 26 9). El tercer gran momento que configura los orígenes de Israel es su entrada e instalación en Canaán, presentadas una vez más como el resultado de nuevas intervenciones divinas. Los clanes y tribus procedentes de Egipto penetran en Palestina, unos por el sur y otros por el este. En general, se trata de infiltraciones pacíficas en regiones poco habitadas. Sólo en contadas ocasiones los recién llegados han de enfrentarse y luchar con los habitantes cananeos que les impiden el paso. En la mayoría de los casos, el asentamiento se produce por vía de asimilación y de pactos con los moradores cananeos. De estos hechos se han conservado dos versiones notablemente diferentes: según Jos 1-12 la conquista es producto de tres rápidas y victoriosas campañas de "todo Israel" comandado por Josué; según Jue 1, en cambio, la conquista fue un proceso lento y progresivo que en principio no

afectó a los enclaves cananeos mejor fortificados. Por lo demás, la época de los jueces queda envuelta entre brumas y recuerdos épicos y legendarios, de carácter local. Van tomando forma las alianzas entre tribus vecinas, en torno a santuarios comunes, o bien para hacer frente a diversas amenazas. Entre las instituciones más representativas de la época, hay que mencionar a los llamados “jueces menores”, autoridades locales, el arca de la alianza y los santuarios tribales. Israel adopta algunos elementos cananeos, sobre todo religiosos y culturales, y los adapta paulatinamente, dándoles una nueva configuración.

La monarquía

El sistema tribal se reveló insuficiente para dar respuesta a las diversas amenazas que debieron afrontar las tribus: saqueadores nómadas, reinos transjordanos, ciudades cananeas y, sobre todo, la presión filisteas reclamaban una unidad más sólida y permanente. Sin embargo, la primera experiencia monárquica con Saúl fracasó, quizá porque la nueva institución no difería mucho de las antiguas estructuras tribales y no contó con el apoyo y la legitimación suficientes. El mismo Saúl aparece con rasgos de los antiguos libertadores, sólo aceptado por algunas tribus, sin una capital permanente ni un ejército regular. Tras su muerte, la falta de sucesores competentes puso en peligro la institución recién estrenada.

Sorprendentemente, David, un miembro de la tribu de Judá, logró consolidar e institucionalizar en pocos años el modelo monárquico. Elegido rey en Hebrón por las tribus del sur, es aceptado poco después por las tribus del norte, consumando así por primera vez la unidad nacional. David fortalece el nuevo estado con sus victorias contra los reinos vecinos y la conquista de Jerusalén, enclave jebuseo al que convierte en la capital política y religiosa de todas las tribus. Impone además su dominio sobre los reinos vecinos hasta el norte de Siria y sienta las bases de una organización interna estable: ejército de mercenarios y cuerpo de funcionarios especializados que dan solidez y prestigio a la institución monárquica.

Su hijo Salomón culmina la organización del Estado, creando un aparato administrativo, impulsando el comercio de tránsito como importante fuente de ingresos y promoviendo abundantes obras de construcción, entre las que destaca el templo de Jerusalén, cima de su obra, centro religioso de reu-

nión de las tribus y signo de la presencia permanente de Dios en medio de su pueblo. Los inicios de la monarquía suponen también el comienzo de la actividad literaria en Israel y la aparición de dos instituciones, el profetismo y el sacerdocio, que tendrán especial influencia a lo largo de su historia. El reinado de Salomón terminó, sin embargo, con graves problemas internos y externos que acarrearán la división del reino.

Los reinos divididos

Roboán, el hijo de Salomón, no supo acallar el descontento de las tribus del norte. Indignadas por un despotismo opresor y un trato discriminatorio (que ponía de manifiesto la superficialidad y debilidad de la unidad pretendida), las tribus del centro y del norte se separan en el 931 a. C. y se constituyen en reino independiente al mando de Jeroboán. Las tribus de Judá y Benjamín permanecen fieles al sucesor de David en el nuevo reino de Judá. Durante dos siglos el pueblo de Israel permanecerá dividido en dos reinos más o menos rivales.

El *reino del Norte* (Israel), formado por los territorios más ricos y poblados del país, pero sometido también a mayores presiones externas, conoció períodos de esplendor, especialmente bajo Omrí (884-874 a. C.), fundador de Samaría, Ajab (874-853 a. C.) y Jeroboán II (782-753 a. C.), bajo cuyo reinado hace su irrupción en la historia de Israel el profetismo escrito de Amós y Oseas. Sin embargo, su inestabilidad dinástica (se suceden nueve dinastías en 200 años) y su carencia de una ideología monárquica legitimadora lo dejaron inermes ante la amenazadora expansión asiria y terminó sometido a tributo por Teglatfalsar III en el 738 a. C. La última resistencia es vencida con la toma de Samaría en el 722 a. C.: una parte de la población es deportada y el territorio de Israel se convierte en provincia asiria.

El *reino del Sur* (Judá), más reducido y con menos recursos, tuvo en cambio una mayor estabilidad, garantizada por la “teología dinástica” y la menor presión enemiga. Por proximidad, estuvo frecuentemente influenciado por la política egipcia. Como el reino del Norte, también conoció momentos brillantes con reyes como Asá (911-870 a. C.), Josafat (870-848 a. C.), Azarias/Ozías (767-739 a. C.), Ezequías (727-698 a. C.), que llegó a reunir los restos del reino del Norte, y Josías (640-609 a. C.), que protagonizó el último paréntesis de independencia y un importante intento de reforma. Tam-

bién aquí florecieron destacadas figuras proféticas como Isaías, Miqueas, Sofonías y Jeremías.

Tras librarse de la amenaza asiria en el 701 a. C., el pequeño reino sucumbe un siglo más tarde ante la invasión babilonia: en poco más de diez años Nabucodonosor lanza dos ataques contra Jerusalén (598 y 587 a. C.), destruye la ciudad y se lleva deportados a Babilonia a los dirigentes y a un núcleo importante de población del reino de Judá.

El exilio

Las caídas sucesivas de Samaría y Jerusalén supusieron un duro golpe para el pueblo que, confiado en la permanencia inmutable de las promesas divinas en la historia, debió ver en su propia suerte el fracaso rotundo de dichas promesas. El destino del pueblo fue diverso, según los grupos. En el país quedó un buen núcleo de habitantes empobrecidos, desorganizados y religiosamente abandonados, que se mezclarán con los colonos llegados de fuera. Otros judíos lograron huir a Transjordania o a Egipto, donde formarían colonias las cuales dieron origen al fenómeno de la diáspora o dispersión judía, que incluiría también al grupo de los deportados a Babilonia. Este grupo, formado por unos miles de habitantes que representaban lo más selecto de la población de Judá, no fue excesivamente maltratado y pudo reunirse por familias en las aldeas y ciudades babilónicas.

Si el pueblo, en su conjunto, logró sobrevivir a la gran crisis política y religiosa del exilio, fue gracias a la labor de los profetas y sacerdotes que, reflexionando sobre el pasado, explicaron la catástrofe en términos de responsabilidad nacional y descubrieron en las antiguas tradiciones nuevas perspectivas de esperanza y continuidad. Con ello edificaron las bases de una nueva identidad más religiosa que política. La circuncisión, el sábado, la observancia de la ley y la inquebrantable afirmación de Yahvé como único Dios serán las nuevas mediaciones que sustituyan a las instituciones fracasadas. Ezequiel y el anónimo profeta conocido como el Deuteroisaiás serán los grandes impulsores de la obra de restauración.

La comunidad judía postexílica

En menos de cincuenta años la situación internacional experimentó un cambio rotundo: el año 539 a. C. Ciro, rey de los persas, conquista Babilonia. Mediante una política de tolerancia y un edicto de

repatriación (538 a. C.) permite a los deportados volver a su tierra y reconstruir el templo.

Los judíos venidos del exilio forman una comunidad religiosa, sometida política y administrativamente al imperio persa. Esta comunidad se ha de enfrentar a la lenta y difícil tarea de restauración y a la hostilidad de los ocupantes y vecinos. Sesbazar, Zorobabel y Josué, junto con los profetas Ageo, Zacarías y el Tercer Isaías son los guías de esta comunidad que recibe su organización definitiva y su estructura teocrática por medio de Esdras y Nehemías a finales del s. V a. C.. La ley, el templo y el sacerdocio serán los pilares fundamentales de esta comunidad que, sin influencia en el ámbito político, dejará profundas huellas en el ámbito religioso y literario (la mayor parte de los libros del Antiguo Testamento recibirán en este período su forma definitiva).

En el año 333 a. C. Alejandro Magno derrota a los persas e instaura el imperio greco-macedónico y la expansión de la lengua y civilización griegas. Es el fenómeno conocido como helenismo. Incorporada al nuevo imperio, la comunidad judía tendrá que sufrir las luchas entre los sucesores de Alejandro, especialmente los lágidas o tolemeos, dueños de Egipto, y los seléucidas, dueños de Siria y Mesopotamia. Durante siglo y medio los judíos viven en paz con el mundo griego, aunque empiezan a profundizarse las diferencias entre los judíos partidarios del helenismo y los que permanecen radicalmente fieles a las propias tradiciones. Sin embargo, en el 167 a. C. se produce una aguda crisis: el seléucida Antioco IV pretende abolir el estatuto particular de Jerusalén y prohíbe las prácticas religiosas judías en Palestina. Los hermanos macabeos, apoyados por grupos de judíos piadosos (asídeos), organizan una rebelión armada que acaba por triunfar: Simón Macabeo, reconocido como sumo sacerdote, obtiene la independencia política para Judá (141 a. C.). Sus descendientes, los asmoneos, retoman el título de reyes y mantienen la situación durante poco más de 70 años en medio de luchas fratricidas, a las que ponen fin los romanos, que en el 63 a. C. se apoderan de Jerusalén por medio de Pompeyo y convierten a Judea en provincia romana. La nueva dominación, con el paréntesis del reinado de Herodes el grande, vasallo de Roma, se hará insostenible y tras las rebeliones de los años 70 y 135 d. C. provocará el fin de la nación judía.

En el transcurso de todo este período, dos hechos adquieren especial relevancia: la separación progresiva de los samaritanos, que reúnen determi-

nadas tradiciones de las antiguas tribus del centro y del norte y rompen con Jerusalén y el judaísmo oficial; y la consolidación de la diáspora, especialmente favorecida por la expansión del helenismo. La población judía residente en el extranjero, más numerosa que la población de Palestina, se agrupa en torno a sus sinagogas y mantiene su vinculación con Jerusalén y el templo, a pesar de la distancia. La diáspora confiere al judaísmo un aspecto nuevo y lo prepara a superar la gran prueba que supuso su aniquilamiento como nación.

II. LOS LIBROS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Como unidad literaria, el Antiguo Testamento es una gran colección de 47 escritos (algunos tan breves que difícilmente se pueden considerar libros) de muy diversas épocas y autores, repartidos por afinidad literaria o temática en cuatro grandes grupos: Pentateuco, Escritos históricos, Escritos proféticos y Escritos poéticos y sapienciales (división que coincide a grandes rasgos con la triple denominación judía: Ley, Profetas y Escritos). Esta gran colección es el resultado final de un lento proceso de creación que duró más de un milenio. Sin embargo, la gran mayoría de estos escritos no nacieron de una vez, ni proceden de un solo autor, ni fueron escritos por el orden que actualmente tienen en nuestras Biblias. Toda esta literatura fue surgiendo al hilo de la vida y la historia de un pueblo, Israel, abierto al influjo de otros pueblos y literaturas.

1. Literaturas del antiguo Oriente Próximo

Mucho tiempo antes de que entre las tribus israelitas empezasen a circular las primeras tradiciones orales propias, los grandes pueblos del antiguo Oriente Próximo habían llegado a desarrollar una amplia literatura, rica en formas y temas. La desaparición de los pueblos acarreó con frecuencia la desaparición o enterramiento de sus textos. Sólo a partir de los ss. XVIII y XIX de nuestra era las excavaciones arqueológicas han ido sacando a la luz muchos de los antiguos textos: egipcios, sumerios, acádicos, babilónicos antiguos, eblaítas,ugaríticos, hititas, asirios, neobabilónicos, persas, arameos, etc., que hasta entonces habían permanecido enterrados. Una vez descifradas sus lenguas respectivas, los textos se han hecho accesibles, revelando un amplio y variadísimo muestrario de formas literarias: mitos y leyendas relativos a la creación del

mundo y de los hombres, relatos épicos, sagas, textos religiosos (himnos y plegarias), códigos legales, jurídicos y administrativos, textos de execración, inscripciones mortuorias, anales, listas y textos de tipo histórico, cartas, escritos de carácter sapiencial, etc. Se ha podido descubrir así, que la gran mayoría de formas y géneros literarios catalogados en el Antiguo Testamento tienen un parentesco más o menos cercano con los textos del antiguo Oriente Próximo. No podía ser menos, tratándose de pueblos que han compartido una amplia herencia cultural. Sin embargo, el parentesco formal y temático casi nunca se convierte en dependencia directa o en mera repetición. En líneas generales, la relación entre los antiguos textos orientales y los textos del Antiguo Testamento debe ser definida, más apropiadamente, en términos de dependencia indirecta, asimilación y adaptación. Se trata, por tanto, de una relación que no empaña la originalidad temática y formal de la literatura bíblica.

2. La formación de los escritos del AT

El complejo y dilatado proceso de formación del Antiguo Testamento corre, en cierta medida, paralelo a la vida y a la historia del pueblo de Israel. Aunque aquí no es posible reconstruir dicho proceso en todos sus detalles (remitimos a las introducciones de cada escrito), sí que podemos apuntar sus grandes etapas que, aun a riesgo de simplificar, reducimos a tres.

Desde los orígenes a la monarquía

La literatura nace como expresión de la vida, como plasmación de los sentimientos, anhelos, convicciones, temores y expectativas de hombres y pueblos, y se desarrolla en los centros, ámbitos y circunstancias en que transcurre la vida de los pueblos. En los orígenes de Israel, como en la gran mayoría de los pueblos, estas manifestaciones conocieron una amplia fase oral antes de plasmarse por escrito. Parece contrastado el hecho de que en las culturas preliterarias existen formas relativamente fijas de comunicación oral apropiadas a las distintas situaciones vitales. Estas formas orales se extienden a todas las esferas de la vida: trabajo, culto, fiestas, guerras, pleitos, duelos, etc. En el caso del antiguo Israel, sus tradiciones orales y las formas en que se plasman van surgiendo y consolidándose en torno a los grandes centros de la vida de los clanes y las tribus: santuarios (culto, épica), familias (sagas, re-

cuerdos de antepasados, dichos populares), trabajo (cantos de recolección), fiestas e instituciones militares (cantos bélicos, gestas) y jurídicas (normas, casuística).

A lo largo del período de entrada y asentamiento de las tribus en Canaán (ss. XII-XI a. C.) se producen dos fenómenos que tendrán gran influencia para el futuro de los escritos bíblicos: por un lado, el agrupamiento de tribus provoca la fusión de los recuerdos particulares; por otro, se inicia un proceso de asimilación y adaptación de elementos culturales cananeos (desde la lengua hasta las formas y contenidos de sus textos: mitos, leyendas culturales, cuerpos jurídicos, textos religiosos). Como consecuencia, se empiezan a configurar las primeras tradiciones orales propias: sagas y recuerdos patriarcales, himnos y relatos épicos en torno al éxodo y la conquista, cantos de gesta sobre héroes locales, relatos etiológicos sobre el origen de lugares, personas y costumbres, cuerpos legales, tradiciones cúl-ticas (creos históricos, himnos, lamentos) y dichos o proverbios de origen familiar y popular. La mayor parte de estos materiales adquieren ya en esta fase oral la forma o género que adoptarán después al ser plasmados por escrito.

De la monarquía al exilio

Con el advenimiento de la monarquía se introduce en Israel un modelo cortesano de influencia egipcia y cananea, que aporta elementos decisivos para la formación de los escritos bíblicos. Aparecen los secretarios y los escribas cortesanos y, con ellos, nace la posibilidad de una historia oficial a partir de listas, anales reales y otros datos de archivo. Se crean también escuelas para la formación de los funcionarios de la corte, que serán importantes focos sapienciales. La actividad literaria adquiere cierto relieve a impulsos de Salomón, el rey sabio, a quien se atribuye la composición de proverbios y poemas (1 Re 5 12). Aun reconociendo los rasgos legendarios e idealizadores de estos datos (que provocarán la atribución a Salomón de escritos sapienciales posteriores), es indudable que en su reinado se desarrolló considerablemente la actividad literaria, favorecida además por las relaciones comerciales e intercambios culturales con otros pueblos. Concretamente, en esta época aparecen los primeros escritos históricos: historia de la sucesión de David (2 Sm 9-20; 1 Re 1-2), la historia de Salomón (1 Re 11 41) y, muy posiblemente, una primera agrupación de las antiguas tradiciones

patriarcales, del éxodo y la conquista (la llamada historia yahvista), que trata de legitimar hacia dentro y hacia fuera la monarquía davídica. También por esta época se inician las colecciones de salmos y proverbios y se ponen por escrito otras antiguas tradiciones orales (cantos épicos, historias de héroes libertadores, códigos legales).

Tras la división del reino, aparecen dos fuentes históricas paralelas: los Anales de los reyes de Israel (1 Re 14 19) y los Anales de los reyes de Judá (1 Re 14 29). Pero el fenómeno más importante es la aparición en el s. VIII a. C. de los llamados "profetas escritores". Aunque el suyo es un ministerio oral, a partir de este momento empiezan a ponerse por escrito (el mismo profeta o, más frecuentemente, los discípulos) sus oráculos. En el reino del Norte aparecen Amós y Oseas como figuras insignes de un movimiento profético que da forma literaria a tradiciones orales anteriores en torno a las figuras de Elías, Eliseo, Aías y Miqueas hijo de Yimlá. De ambientes proféticos procede también, probablemente, la versión nórdica de la antigua historia patriarcal y mosaica (la llamada historia elohista).

En el reino de Judá, el movimiento profético es más tardío y tiene sus primeros exponentes en Isaías y Miqueas. La caída de Samaría provoca el paso al reino del Sur de las tradiciones nórdicas, que progresivamente se fusionan con las de Judá. Los reinados de Ezequías y Josías, relativamente prósperos y pacíficos, dejaron especial huella de actividad literaria. Ezequías acogió a fugitivos del norte y creó algo parecido a una escuela de escribas, los "hombres de Ezequías" (Prov 25 1), a los que se atribuye la recopilación de antiguas colecciones de proverbios (Prov 25 1-29 27). Josías, por su parte, impulsó una ambiciosa reforma, realizada a partir del descubrimiento del "libro de la ley" (2 Re 22 8), identificado con el núcleo del Deuteronomio. Es la primera vez que en la Biblia se da a un escrito carácter normativo o canónico. La importancia de este "libro de la ley" no se agota en la reforma: una escuela inspirada en el Deuteronomio iniciará pocos años después una gran obra histórica que se extiende desde la conquista hasta la caída de Jerusalén, y que conocerá su última edición durante el exilio. Nuevos escritos proféticos de Sofonías, Nahum, Habacuc y Jeremías completan la aportación literaria del reino de Judá.

El tiempo del exilio se convirtió en un período especialmente fecundo para el conjunto del Antiguo Testamento. En Jerusalén se escriben las Lamentaciones y se concluye la historia deute-

ronomista. En Babilonia los deportados entran en contacto directo con la cultura, la religión y la literatura mesopotámica (mitos, fiestas, cultos, distintas ramas del saber) y asimilan en parte algunos de sus elementos. Una escuela de inspiración sacerdotal, la escuela cronística, reescribe de nuevo la historia del pueblo desde los orígenes hasta Moisés, sirviéndose de las versiones anteriores. Paralelamente, la actividad profética se intensifica con la aportación de dos grandes obras: Ezequiel y el profeta anónimo conocido por el Deuteroisaias. Pero lo más importante fue, sin duda, el nuevo espíritu que estos grupos y sus obras contagiaron en los desterrados para afrontar con nuevos ánimos la tarea de reconstrucción nacional y las bases religiosas que aportaron a la comunidad post-exílica.

El período post-exílico

A pesar de la notable carencia de datos e información sobre la comunidad postexílica durante las épocas persa y helenística, este período resulta especialmente importante y decisivo en la configuración del Antiguo Testamento. Tras el exilio y los primeros trabajos de reconstrucción, animados por los profetas Ageo, Zacarías y el Tercer Isaías, la reforma de Esdras, a finales del s. V, supone la culminación del Pentateuco o Torah (Ley), convertido en el cuerpo literario normativo de la comunidad teocrática. En los dos siglos siguientes (IVIII a. C.) se completan la colección de los Profetas (anteriores: Jos-2 Re; y posteriores: Is, Jr, Ez y "los doce"), y buena parte de la colección de Escritos: Sal, Prov, Job y los "cinco rollos" (Rut, Cant, Ecl, Lam y Est), a los que se añade la obra del Cronista (1-2 Cr, Esd y Neh).

Dentro y fuera de Palestina, la expansión del helenismo obliga al judaísmo a un nuevo esfuerzo de apertura y confrontación con la nueva cultura. Fruto de este diálogo es la traducción de la Torah al griego, realizada seguramente en Alejandría, en tiempos de Tolomeo II (285-246 a. C.). Según una tradición judía, la traducción corrió a cargo de setenta y dos sabios judíos (de ahí el nombre de Versión de los LXX). En los siglos posteriores (II-I a. C.) se traducen los Profetas y el resto de libros hebreos del Antiguo Testamento, una vez completados los Escritos con el libro de Daniel. La versión griega añade, además, otros libros aparecidos en los dos últimos siglos: 12 Mac, Tob, Jdt, Bar, Eclo y Sab

y los añadidos griegos a Est y Dn (que la Iglesia católica aceptará como deuterocanónicos, mientras las Iglesias protestantes y el judaísmo los considera apócrifos). Esta versión griega tendrá gran importancia, por el hecho de que los primeros cristianos se servirán de ella, de sus términos y conceptos, a la hora de formular la nueva fe cristiana, y por constituir el verdadero punto de unión entre los dos testamentos.

En conclusión, podemos afirmar que a finales de la época veterotestamentaria y comienzos de la era cristiana queda prácticamente constituido el Antiguo Testamento judío, aunque sigue abierto el proceso de canonización en lo que se refiere a la colección de Escritos. El hecho de que los distintos grupos judíos adopten posiciones dispares (los samaritanos sólo aceptan el Pentateuco; los saduceos dan una importancia secundaria a Profetas y Escritos y excluyen de éstos a Daniel; los esenios parecen no reconocer Ester, mientras que utilizaban Eclesiástico y algunos apócrifos; y al final del siglo I d. C. se mantenían dudas sobre el carácter inspirado de Cant y Ecl) sugiere que los límites de la tercera colección no estaban totalmente definidos.

III. EJES TEOLÓGICOS DEL ANTIQUO TESTAMENTO

Esta gran colección de escritos que forma el Antiguo Testamento, además de ser literatura nacida y desarrollada al hilo de la vida y la historia, es palabra de Dios y palabra sobre Dios. Así la han recibido y reconocido los judíos que leyeron en ella la privilegiada relación de Dios con Israel. Así la consideraron Jesús y la primera Iglesia, que leyeron esa palabra como anticipación y promesa de la Palabra definitiva pronunciada en Jesús de Nazaret y convirtieron, además, el Antiguo Testamento en el punto de partida para anunciar a Jesucristo. Es legítimo y necesario, por tanto, preguntarse por la teología o teologías del Antiguo Testamento. Sin embargo más que referirnos a todas las teologías o perspectivas teológicas (cosa que ya se ofrece en las introducciones particulares a cada libro o en las generales a los distintos cuerpos), lo que pretendemos es apuntar brevemente esas constantes temáticas que, repitiéndose en varios cuerpos, nos permiten percibir una perspectiva global y unitaria de este conjunto a primera vista heterogéneo y fragmentario.

1. Pluralidad de teologías...

En la redacción final de los escritos y colecciones del Antiguo Testamento se percibe una fuerte tendencia a acentuar los elementos unitarios de la fe y religión de Israel. Sin embargo la religión de Israel es plural. Sólo al final de la época veterotestamentaria existe una clara unidad, un cuerpo de creencias y vivencias amplio y consistente, pero esa unidad es fruto de una larga historia hecha de asimilación e integración de las aportaciones de distintos autores y grupos al patrimonio común. Por eso, no resulta extraño que aun en su estadio final el Antiguo Testamento deje traslucir indicios claros de esa diversidad teológica. Así, son distintas las perspectivas teológicas de las cuatro tradiciones del Pentateuco o las de dos síntesis históricas tan coincidentes como la deuteronomista y la cronista, o entre libros como 1 y 2 Mac, o entre profetas contemporáneos como Isaías y Oseas, Jeremías y Ezequiel, o este último y Deuterosaías. Tampoco debe extrañar que en una misma obra coexistan visiones divergentes de un mismo tema (de la monarquía en 1 Sm 8-12; del templo en 1 Re 8; de los santuarios locales en 1-2 Re; o del mismo Dios en Gn 1-2). Por eso, hemos de acostumbrarnos a contemplar cada libro o cada perspectiva teológica como ópticas distintas que permiten percibir más plenamente la riqueza de la revelación, o como instrumentos diversos que interpretan una misma sinfonía.

2. ...y unidad de fe

La religión de Israel nació y se desarrolló en el ambiente politeísta de las distintas civilizaciones del antiguo Oriente Próximo. Sin embargo, desde el principio al final de todo el Antiguo Testamento late una firme convicción monoteísta. Esta fe monoteísta se va perfilando progresivamente a lo largo de la historia, en contacto o en conflicto con expresiones, fórmulas y elementos culturales politeístas del entorno que llegaron a tener un fuerte arraigo popular. La predicación de algunos profetas, como Oseas, Isaías y Jeremías contribuye decisivamente a definir las exigencias del monoteísmo. Sólo desde la reforma de Josías y, sobre todo, a partir del exilio, la unidad de fe queda claramente formulada. Es entonces cuando la fe monoteísta se retrotrae al momento del Sinaí (e incluso antes, a la época patriarcal) y, a partir de ahí, va jalonando una historia en la que acontecimientos muy deter-

minados, como la asamblea de Siquén (Jos 24), la promesa dinástica a David (2 Sm 7) y la dedicación del templo (1 Re 8), se convierten en momentos especialmente unificadores. El resultado de este proceso es el fuerte teocentrismo que recorre y unifica todos los escritos del Antiguo Testamento, concebido finalmente como el gran libro de la revelación de un único y mismo Dios, realizada a través de los acontecimientos (historia) y de la palabra (ley y profecía).

3. Una fe histórica

Esta fe monoteísta y teocéntrica es fundamentalmente una fe histórica: Dios se ha revelado en la historia y a través de acontecimientos históricos. Por eso la historia bíblica es, sobre todo, historia de salvación. Los llamados "credos históricos" de Israel son la expresión cabal de esta profunda convicción: Dios se ha dado a conocer en acontecimientos muy concretos de la historia del pueblo como la liberación de Egipto, la alianza sinaítica, el don de la tierra, la elección de David y Jerusalén. Estos credos aparecen en textos variados: confesiones de fe (Dt 26 5-10), resúmenes o sumarios (Jos 24 2-13), catequesis (Dt 6 20-23), salmos (Sal 78; 105; 136), oraciones (Neh 9 5-37), discursos (Jdt 5 6-19), etc. A su vez, presentan distintas secuencias y formulaciones. A la primera secuencia: elección patriarcal/liberación de Egipto/alianza sinaítica/entrada en la tierra, que conforma la tradición nórdica Moisés-Sinaí, se añade una segunda secuencia: elección de David/Jerusalén/templo, elementos esenciales de la tradición sureña David-Sión. Tras el exilio el tema de la creación se incorpora a las anteriores secuencias, como su primer acto. Finalmente, la cadena de intervenciones divinas se convierte en el eje articulador de las grandes síntesis históricas (deuteronomista, sacerdotal y cronística).

4. Dimensión comunitaria de la fe: la alianza

Lo que acabamos de decir pone de relieve otra de las constantes de la fe bíblica: su dimensión comunitaria. El objeto de todas las intervenciones de Dios en la historia es el pueblo de Israel: prefijado en las personalidades corporativas de sus ancestros y epónimos (los patriarcas), representado en sus mediadores institucionales (Moisés, Samuel, David, etc.) o concretado en la comunidad teocrática postexilica, se trata siempre del mismo protagonista colectivo, que se convierte sucesivamente en

el objeto privilegiado de la elección de Dios, en el depositario de sus promesas, en el interlocutor de su diálogo, en el “contrayente” de su alianza, en el destinatario de sus amenazas, castigos y bendiciones. En esta perspectiva, las figuras individuales sólo adquieren relieve en la medida en que forman parte del pueblo, lo sirven o lo representan. En la elección de Abrahán Dios elige a su descendencia; en la revelación a Moisés o a los profetas, se revela a los representados y guiados por ellos; incluso en la promesa dinástica a David, Dios se compromete con el pueblo a través de sus reyes y de la institución monárquica.

Lo que mejor expresa esta dimensión comunitaria de la religión y la fe de Israel es el concepto de la alianza, expresión perfecta de las relaciones Dios-pueblo y uno de los principales ejes teológicos de todo el Antiguo Testamento. Dios ha sellado con su pueblo un pacto del que derivan derechos y obligaciones mutuas, expresados a su vez en la ley, verdadero protocolo de dicha alianza. El cumplimiento o incumplimiento de sus condiciones acarreará bendiciones o maldiciones. Los distintos códigos legales y culturales y los grandes temas de la predicación profética (denuncia de infidelidades, rebeliones e injusticias, llamadas a la conversión y anuncios de salvación) se inscriben así en el marco de la alianza, cuyas exigencias abarcan siempre dos dimensiones indisolubles: fidelidad a Dios y solidaridad con el pueblo. El modelo perfecto de alianza es la sináitica y a ella remiten las demás: las anteriores (con Noé y Abrahán) la prefiguran y anticipan; las posteriores (con Josué, con David, con Josías) la renuevan y enriquecen. La constatación de la continua infidelidad del pueblo y su incapacidad de respuesta irá abriendo paso, a partir de Jr y Ez, a la idea de una “nueva alianza”, más espiritual y definitiva que la anterior, que pasará a engrosar el cuerpo de expectativas mesiánicas.

5. Responsabilidad y destino del individuo

La dimensión comunitaria que acabamos de definir no anula la preocupación por el individuo ni lo disuelve en el anonimato del colectivismo. En el transcurso de la historia, la vida y el destino del individuo fueron reclamando la atención de la reflexión teológica. En el marco de la alianza el destino del individuo está indisolublemente unido al de su comunidad: el individuo es solidario, para bien o para mal, de la suerte del pueblo. Con el

tiempo algunos profetas, como Jeremías y Ezequiel, y determinados textos deuteronomistas apelan a la responsabilidad individual. Los salmos y la literatura sapiencial son testigos, tras el exilio, de un claro cambio de enfoque: el individuo es el último responsable de su conducta y, en consecuencia, de su destino. Es lo que proclama en sus distintas formulaciones la doctrina de la retribución. Cuando los hechos desmienten este axioma, se introduce un profundo debate del que son voces especialmente significativas Is 53; Sal 73, Ecl y todo el libro de Job. Las aportaciones últimas de Dn 12 3; 2 Mac y Sab 1-5 con la afirmación de la resurrección y la retribución ultramundana abrirán al problema nuevas perspectivas.

6. Mesianismo: esperanza y utopía

Dos de los ejes más constantes y presentes en todo el Antiguo Testamento son los expresados en las fórmulas promesa-realización y profecía-cumplimiento. Podríamos decir que todo el Pentateuco, las dos grandes obras históricas del Deuteronomista y del Cronista, así como la mayoría de los escritos proféticos han sido estructurados a partir de esos ejes o los convierten en sus contenidos fundamentales. Las primeras promesas hechas a Abrahán se irán enriqueciendo con nuevos desarrollos hasta culminar en la posesión de la tierra. La promesa dinástica hecha a David contribuirá a la estabilidad de la monarquía y a la confianza en la protección de Dios sobre Jerusalén y su ungido. Los anuncios proféticos, a su vez, pondrán de manifiesto las limitaciones y caducidad de las antiguas promesas, purificándolas y ensanchando su contenido.

La dura y decepcionante experiencia del exilio parecía significar el fracaso y caducidad de todas las promesas y profecías anteriores. Sin embargo, gracias a la labor de sacerdotes y profetas, se empezó a abrir paso la esperanza en una futura y decisiva intervención de Dios que culminaría en el triunfo sobre todos los enemigos y en la instauración de su reino. Antiguos conceptos como “día del Señor” y “ungido” (= mesías) se espiritualizan, se cargan de nuevos contenidos y se convierten en símbolo y expresión de las nuevas esperanzas. Las escatologías proféticas dan paso a la apocalíptica, y el mesianismo (en su doble versión: real y profético) cataliza esperanzas y utopías: se habla así de nueva alianza, nuevo David, nueva Jerusalén, nuevo reino, nuevos cielo y tierra, nueva

creación..., realidades todas en cuyo cumplimiento jugará un papel decisivo el ungido o mesías futuro y esperado.

Los textos apocalípticos y mesiánicos convierten, de esta forma, al Antiguo Testamento en una obra abierta a futuras realizaciones y cumplimientos. Jesús y la primera Iglesia releerán toda la Escritu-

ra en esta última clave: el Antiguo Testamento se convierte así en anticipación, promesa y profecía de la decisiva intervención de Dios acaecida en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. Esta nueva alianza (testamento) es, finalmente, cumplimiento, plenitud y superación de la antigua alianza (testamento).



PENTATEUCO

PENTATEUCO

Pentateuco, cinco libros. Mejores nombres son Torá, ley, revelación. Exactamente es la constitución del pueblo de la alianza, su carta fundacional. Por eso es para los judíos la parte más importante de la Biblia. Reúne, compenetrados, los géneros historia y ley. El relato encuadra la ley le proporciona el fundamento; y la ley señala el camino para la realización de lo que la historia anuncia y promete (por ejemplo, Éx 19-20).

El Pentateuco es una grandiosa entrada en el mundo que la Biblia presenta a la vista. Comienza con los orígenes cósmicos y humanos y allí enmarca el origen y la razón del pueblo de Abrahán (Gn 12,3). El pueblo se nos presenta allí en las etapas fundacionales de su historia: los patriarcas como jefes de clanes nómadas en la tierra de Canaán; la bajada de la familia de Jacob a Egipto y su opresión (Éx 1,1-7); el éxodo bajo la guía de Moisés (Éx 12; 14); la alianza en el Sinaí (Éx 19; 24) y la marcha hacia la tierra de destino.

Lo que en principio parece un bloque unitario y compacto, no tarda en verse que es una obra compleja. Primeramente, los dos géneros de historia y ley laboriosamente ensamblados. La historia está construida con una lujosa gama de géneros narrativos, unos poético-populares y otros de tipo informativo. Su conjunción es también trabajosa. Según avanza el relato, uno se encuentra con rupturas, repeticiones, cambios bruscos en el lenguaje, mutaciones de estilo, pluralidad de nombres para un mismo personaje, uso diverso de los nombres divinos: mientras en un estrato narrativo se usa Yavé desde el principio para nombrar a Dios, en otros se evita ese nombre hasta que le es revelado a Moisés.

Para explicar tanta anomalía de contenido y de forma, los estudiosos han sometido el Pentateuco a un análisis minucioso de crítica histórica y literaria. Aunque no hay unanimidad, una hipótesis de trabajo es la siguiente.

Una primera versión recogería, en la época de la monarquía unida y en Judá, los recuerdos de las etapas recorridas por el pueblo desde su origen; se le da el nombre de yavista porque llama a Dios Yavé desde el principio. Su lenguaje es plástico, vivo y directo, describe a Dios y habla de Él casi igual que de un hombre (una muestra de ello, Gn 2,4b-25).

Cercana a ésta, pero un poco posterior y oriunda del reino del norte, hay otra versión de los mismos recuerdos, conocida como elohista por el nombre divino de Elohím. Es de estilo más apagado, pero más refinada en sensibilidad moral y teológica (una muestra, Gn 22,1-19).

Al final de la época monárquica, la reforma de Josías, saca a la luz lo que será un nuevo componente del conjunto del Pentateuco: el Deuteronomio. No tiene un relato paralelo de la tradición de las otras versiones, pero sí una idea precisa y un proyecto de pueblo que tiene sus precedentes en aquéllas (una muestra, Dt 6).

Durante el destierro, la escuela sacerdotal actualiza los recuerdos comunes y presenta una versión llamada a hablar a la hora presente (una muestra, Gn 17). ¿Era una versión independiente de las otras o las encuadraba dentro de un marco? Según esto, la escuela sacerdotal sería también la responsable del ensamblaje de todo el conjunto.

En su forma final el Pentateuco tiene que ver con Esdras el escriba, que lo estableció como base de la comunidad judía posexilica. Moisés, más que autor, es, desde el Éxodo, el gran actor de esa historia.

Una clave para entender tanto la estructura como la intención de la historia del Pentateuco podría proporcionarla el concepto de alianza.

La alianza de Dios con Noé quiere ser garantía del orden natural y una perentoria inculcación del respeto a la vida. La alianza con Abrahán encuadra el pueblo del patriarca en el contexto humano universal y, sobre la base de promesa de tierra, descendencia y bendición, coordina las grandes etapas de su historia fundacional. La alianza en el Sinaí confiere a la comunidad una recia estructura y a dota de sus instituciones. Realmente este conjunto es la base de toda la Biblia: es la constitución de un pueblo en proyecto, el gran compromiso de la descendencia étnica y espiritual de Abrahán.

GÉNESIS

Libro de los *origenes*. En la primera parte enfoca el mundo y la humanidad en su hacerse (Gn 1-11). En esta parte el lenguaje es simbólico: una serie de cuadros retrata la condición humana universal.

En la segunda parte observa al pueblo bíblico naciendo de los patriarcas (Gn 12-36) y corriendo los avatares de la familia de Jacob en tierra egipcia (Gn 37-50). Primero, una cadena de leyendas con tenue base histórica diseña las figuras prototípicas de Abrahán, Isaac y Jacob (la historia los situaría entre los siglos XVII al XVI a. C.). Después, una historia novelada presenta a la familia de Jacob-Israel instalada en Egipto, y a José como protagonista.

Los principios del mundo

Job 38-39; Sal 104; Jn 1,1-3

1 Al principio creó Dios el cielo y la tierra. ² La tierra era una soledad caótica y las tinieblas cubrían el abismo, mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas.

³ Y dijo Dios:

—Que exista la luz.

Y la luz existió. ⁴ Vio Dios que la luz era buena y la separó de las tinieblas. ⁵ A la luz la llamó día y a las tinieblas noche.

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día primero.

⁶ Y dijo Dios:

—Que haya una bóveda entre las aguas para separar unas aguas de otras.

Y así fue. ⁷ Hizo Dios la bóveda y separó las aguas que hay debajo de las que hay encima de ella. ⁸ A la bóveda Dios la llamó cielo.

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día segundo.

⁹ Y dijo Dios:

—Que las aguas que están bajo los cielos se reúnan en un solo lugar, y aparezca lo seco.

Y así fue. ¹⁰ A lo seco lo llamó Dios tierra y al cúmulo de las aguas lo llamó mares. Y vio Dios que era bueno.

¹¹ Y dijo Dios:

—Produzca la tierra vegetación: plantas con semilla y árboles frutales que den en la tierra frutos con semillas de su especie.

Y así fue. ¹² Brotó de la tierra vegetación: plantas con semilla de su especie y árboles frutales que dan fruto con semillas de su especie. Y vio Dios que era bueno.

¹³ Pasó una tarde, pasó una mañana: el día tercero.

¹⁴ Y dijo Dios:

—Que haya lumbreras en la bóveda celeste para separar el día de la noche, y sirvan de señales para distinguir las estaciones, los días y los años; ¹⁵ que luzcan en la bóveda del cielo para alumbrar la tierra.

Y así fue. ¹⁶ Hizo Dios dos lumbreras grandes, la mayor para regir el día y la menor para regir la noche, y también las estrellas; ¹⁷ y las puso en la bóveda del cielo para alumbrar la tierra, ¹⁸ regir el día y la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y vio Dios que era bueno.

¹⁹ Pasó una tarde, pasó una mañana: el día cuarto.

²⁰ Y dijo Dios:

—Rebosen las aguas de seres vivos, y que las aves aleteen sobre la tierra a lo ancho de la bóveda celeste.

²¹ Y creó Dios por especies los cetáceos y todos los seres vivientes que se deslizan y pululan en las aguas; y creó también las aves por especies. Vio Dios que era bueno. ²² Y los bendijo diciendo:

—Creced, multiplicaos y llenad las aguas del mar; y que también las aves se multipliquen en la tierra.

²³ Pasó una tarde, pasó una mañana: el día quinto.

²⁴ Y dijo Dios:

—Produzca la tierra seres vivientes por especies: ganados, reptiles y bestias salvajes por especies.

Y así fue. ²⁵ Hizo Dios las bestias salvajes, los ganados y los reptiles del campo según sus especies. Y vio Dios que era bueno.

Los principios del hombre

Sal 8

²⁶ Entonces dijo Dios:

—Hagamos a los hombres a nuestra imagen, según nuestra semejanza, para que dominen sobre los peces del mar, las aves del cielo, los ganados, las bestias salvajes y los reptiles de la tierra.

²⁷ Y creó Dios a los hombres a su imagen; a imagen de Dios los creó; varón y hembra los creó. ²⁸ Y los bendijo Dios diciéndoles:

—Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven por la tierra.

²⁹ Y añadió:

—Os entrego todas las plantas que existen sobre la tierra y tienen semilla para sembrar; y todos los árboles que producen fruto con semilla dentro os servirán de alimento; ³⁰ y a todos los animales del campo, a las aves del cielo y a todos los seres vivos que se mueven por la tierra les doy como alimento toda clase de hierba verde.

Y así fue. ³¹ Vio entonces Dios todo lo que había hecho, y todo era muy bueno.

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día sexto.

2 ¹ Así quedaron concluidos el cielo y la tierra con todo su ornato. ² Cuando llegó el día séptimo Dios había terminado su obra, y descansó el día séptimo de todo lo que había hecho. ³ Bendijo Dios el día séptimo y lo consagró, porque en él había descansado de toda su obra creadora.

⁴ Esta es la historia de la creación del cielo y de la tierra.

Cuando el Señor Dios hizo la tierra y el cielo ⁵ no había todavía en la tierra arbusto alguno, ni brotaba hierba en el campo, porque el Señor Dios no había enviado aún la lluvia sobre la tierra, ni existía nadie que cultivase el suelo; ⁶ sin embargo, un manantial brotaba de la tierra y regaba la superficie del suelo. ⁷ Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz un hálito de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente.

⁸ El Señor Dios plantó un huerto en Edén, al oriente, y en él puso al hombre que había formado. ⁹ El Señor Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles hermosos de ver, y buenos para comer, así como el árbol de la vida en medio del huerto, y el árbol del conocimiento del bien y del mal. ¹⁰ De Edén salía un río que regaba el huerto, y desde aquí se partía en cuatro brazos. ¹¹ El primero se llama Pisón; es el que bordea la región de Javilá, donde hay oro; ¹² el oro de esta región es puro; y también hay allí resina olorosa y ónice. ¹³ El segundo se llama Guijón; es el que bordea la región de Cus. ¹⁴ El tercero se llama Tigris; es el que pasa al este de Asiria. El cuarto es el Éufrates. ¹⁵ Así que el Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el huerto de Edén para que lo cultivara y lo guardara.

¹⁶ Y dio al hombre este mandato:

—Puedes comer de todos los árboles del huerto; ¹⁷ pero no comas del árbol del conocimiento del bien y del mal, porque si comes de él morirás sin remedio.

¹⁸ Después el Señor Dios pensó: No es bueno que el hombre esté solo; voy a proporcionarle una ayuda adecuada. ¹⁹ Entonces el Señor Dios formó de la tierra toda clase de animales del campo y aves del cielo, y se los presentó al hombre para ver cómo los iba a llamar, porque todos los seres vivos llevarían el nombre que él les diera. ²⁰ Y el hombre fue poniendo nombre a todos los ganados, a todas las aves del cielo y a todas las bestias salvajes, pero no encontró una ayuda adecuada para sí. ²¹ Entonces el Señor Dios hizo caer al hombre en un letargo, y mientras dormía le sacó una costilla y llenó el hueco con carne. ²² Después, de la costilla que había sacado al hombre, el Señor Dios formó una mujer y se la presentó al hombre. ²³ Entonces éste exclamó:

—Ahora sí; esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne; por eso se llamará varona, porque del varón ha sido sacada.

²⁴ Por esta razón deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y los dos se hacen uno solo.

²⁵ Estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, pero no sentían vergüenza el uno del otro.

Pecado y redención

Sab 2,24; Rom 5,12-21; Ap 12,9

3 ¹ La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo que había hecho el Señor Dios. Fue y dijo a la mujer:

—¿Así que Dios os ha dicho que no comáis de ninguno de los árboles del huerto?

² La mujer respondió a la serpiente:

—¡No! Podemos comer del fruto de los árboles del huerto; ³ sólo nos ha prohibido, bajo pena de muerte, comer o tocar el fruto del árbol que está en medio del huerto.

⁴ Replicó la serpiente a la mujer:

—¡No moriréis! ⁵ Lo que pasa es que Dios sabe que en el momento en que comáis se abrirán vuestros ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal.

⁶ La mujer se dio cuenta entonces de que el árbol era bueno para comer, hermoso de ver y deseable para adquirir sabiduría. Así que tomó de su fruto y comió; se lo dio también a su marido, que estaba junto a ella, y él también comió. ⁷ Entonces se les

abrieron los ojos, se dieron cuenta de que estaban desnudos, entrelazaron hojas de higuera y se hicieron unos ceñidores.

⁸ Oyeron después los pasos del Señor Dios que se paseaba por el huerto al fresco de la tarde, y el hombre y su mujer se escondieron de su vista entre los árboles del huerto. ⁹ Pero el Señor Dios llamó al hombre diciendo:

—¿Dónde estás?

El hombre respondió:

¹⁰ —Oí tus pasos en el huerto, tuve miedo y me escondí, porque estaba desnudo.

¹¹ El Señor Dios replicó:

—¿Quién te hizo saber que estabas desnudo? ¿Has comido acaso del árbol del que te prohibí comer?

¹² Respondió el hombre:

—La mujer que me diste por compañera me ofreció el fruto del árbol, y comí.

¹³ Entonces el Señor Dios dijo a la mujer:

—¿Qué es lo que has hecho?

Y ella respondió:

—La serpiente me engañó, y comí.

¹⁴ Entonces el Señor Dios dijo a la serpiente:

—Por haber hecho eso, serás maldita entre todos los animales y entre todas las bestias del campo. Te arrastrarás sobre tu vientre y comerás polvo todos los días de tu vida. ¹⁵ Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; él te herirá en la cabeza, pero tú sólo herirás su talón.

¹⁶ A la mujer le dijo:

—Multiplicaré los dolores de tu preñez, parirás a tus hijos con dolor; desearás a tu marido, y él te dominará.

¹⁷ Al hombre le dijo:

—Por haber hecho caso a tu mujer y haber comido del árbol prohibido, maldita sea la tierra por tu culpa. Con fatiga comerás sus frutos todos los días de tu vida. ¹⁸ Ella te dará espinas y cardos, y comerás la hierba de los campos. ¹⁹ Con el sudor de tu frente comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, de la que fuiste formado, porque eres polvo y al polvo volverás.

²⁰ El hombre puso a su mujer el nombre de Eva —es decir, Vitalidad—, porque ella sería madre de todos los vivientes. ²¹ El Señor Dios hizo para Adán y su mujer unas túnicas de piel, y él las vistió.

²² Después el Señor Dios pensó: «Ahora que el hombre es como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal, sólo le falta echar mano al árbol de la vida, comer su fruto y vivir para siempre».

²³ Así que el Señor Dios lo expulsó del huerto de Edén, para que trabajase la tierra de la que había sido sacado. ²⁴ Expulsó al hombre y, en la parte oriental del huerto de Edén, puso a los querubines y la espada de fuego para guardar el camino del árbol de la vida.

Cain y Abel

Heb 11,4

4 ¹ El hombre se unió a su mujer Eva; ella concibió y dio a luz a Cain, y dijo:

—¡He tenido un hombre gracias al Señor!

² Después tuvo a Abel, hermano de Cain. Abel se hizo pastor, y Cain agricultor. ³ Pasado algún tiempo, Cain presentó al Señor una ofrenda de los frutos de la tierra. ⁴ Abel le ofreció también los primogénitos de su rebaño y hasta su grasa. El Señor se fijó en Abel y su ofrenda, ⁵ más que en Cain y la suya. Entonces Cain se enfureció mucho y andaba cabizbajo. ⁶ El Señor le dijo:

—¿Por qué te enfureces? ¿Por qué andas cabizbajo? ⁷ Si obraras bien, llevarías bien alta la cabeza; pero si obras mal, el pecado acecha a tu puerta y te acosa, aunque tú puedes dominarlo.

⁸ Cain propuso a su hermano Abel que fueran al campo y, cuando estaban allí, se lanzó contra su hermano Abel y lo mató. ⁹ El Señor preguntó a Cain:

—¿Dónde está tu hermano?

Él respondió:

—No lo sé; ¿soy yo acaso el guardián de mi hermano?

¹⁰ Entonces el Señor replicó:

—¿Qué es lo que has hecho? La sangre de tu hermano me grita desde la tierra. ¹¹ Por eso te maldice esa tierra, que ha abierto sus fauces para beber la sangre de tu hermano que acabas de derramar. ¹² Cuando cultives el campo, no te dará ya sus frutos. Y serás un forajido que huye por la tierra.

¹³ Cain contestó al Señor:

—Mi culpa es demasiado grande para soportarla.

¹⁴ Tú me echas de este suelo, y tengo que ocultarme de tu vista; seré un forajido que huye por la tierra, y el que me encuentre me matará.

¹⁵ El Señor le dijo:

—El que mate a Cain será castigado siete veces.

Y el Señor puso una marca a Cain, para que no lo matara quien lo encontrase.

¹⁶ Cain se alejó de la presencia del Señor y fue a vivir en el país del Nod, al este de Edén.